Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/ohelartemonlogoc00arqu

7946

Oh, el arte!...

J. Argüelles

¡OH, EL ARTE!...

MONÓLOGO CÓMICO

original de

J. Arques

Editorial «EL GATO NEGRO»

Mora de Ebro, 141

BARCELONA (Vallcarca)

Es propiedad

¡OH, EL ARTE!...

(Monólogo)

Despacho modestísimo. En primer término, izquierda, mesa-escritorio cargada de libros y papeles. En las paredes, cuadros y retratos de artistas y escritores célebres. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA ÚNICA

LUCAS

(*Aparece Lucas sentado a la mesa y muy preocupado ante unas cuartillas que ha terminado de escribir.*)

¡Magnífico! ¡Mi drama entra, al fin, en el buen camino! ¡Gracias, oh musas de mi alma; con vuestra poderosa ayuda, la literatura modernista, tendrá una joya más. (*Coje las cuartillas con una mano, y con la otra pretende alisar su enmarañada melena. Después lee, con tono campanudo*):

607419

"Hoy llego de Segorbe
provincia de Valencia,
sumido en la más mísera indigencia;
y al dar la vuelta al orbe,
como tales desdichas he sabido
vengo apesadumbrado,
con el cuerpo molido
y el corazón completamente helado.
¡Estoy perdido!
La muerte pavorosa
me arrebató en un día
a la pobre mujer del alma mía,
mejor dicho, a mi esposa
que era madre de un hijo que tenía.
¡Murió también el niño
buscando de la madre aquel cariño,
y solo me quedé con la gran pena,
un perrito pequeño y una nena...
Pero no quiso el cielo
que este pobre pudiera hallar consuelo
y una noche el perrillo
se murió del moquillo,
al mismo tiempo que la tierna niña,
creyendo que el morir era una viña,
moría cual si fuera un pajarillo.
Mas solo me quedé, naturalmente,
y siempre acompañado de mi llanto
salí del camposanto
huyendo presuroso de la gente."

(*Pausa*)

"Ya estoy en la cubierta de un velero,
el viento poderoso siempre ruje,

el airado mar muje
y ya bailo el bolero
del rudo movimiento ante el empuje.
De pronto un rayo raja
la cubierta de aquel buque mortaja,
y el trueno retumbando
nos dice que la muerte está esperando,
pero nada me arredra
ni de mares, de nubes, ni de tierra,
y ciñéndome al cuello un calabrote
me pongo en una horda, doy un bote
y de allí voy al mar
donde vi con dolor ¡oh desventura!
que no sabía nadar,
¡Pobre criatura!
Sin saber cómo, ni de qué manera,
me vi sobre la arena de la playa;
notando que la cólera divina
al mar lo puso a raya.
Aquí canté dos trozos de "Marina"
y empecé a caminar con paso incierto,
buscando los perfumes de una fonda
o de un café-concierto,
un auto o un tranvía de Foronda;
pero al fin nada advierto.
La montaña es pelada,
allí no hay huerta
ni casas, ni personas, nada, nada,
estoy en una isla *muy* desierta.
Allí como raíces,
con el sol me caliento,
bebo en las fuentes cuando estoy sediento,
y si me aburro, me rasco las narices.
¡Qué tiempos tan dichosos

pasé en aquellas playas venturosas!
¡qué noches tan hermosas...
qué días tan hermosos!..."

(*Deja de leer y se dirije al público.*)

Aquí me he quedado en la isla desierta. ¡Ah! ¿Qué les parece a ustedes? ¿Verdad que la escenita tiene miga? Pues nadie me hace caso y eso que tengo diez y ocho dramas escritos y sacados en limpio. ¡Oh, qué ruín existencia la que arrastro! De teatro en teatro, de empresa en empresa, de cómico en cómico. (*Se vuelve a pasar la mano por la melena.*) ¡Qué Calvario! La semana pasada me presenté en el coliseo "Español". El empresario estaba terminando de comerse una tortilla con patatas en la contaduría, y sin decirme si gustaba, el muy grosero, se me quedó mirando y exclamó:

—¿Otro drama?

—Sí, señor—contesté haciendo acopio de paciencia.

—Pues déjelo usted ahí debajo de ese plato... Ahora estoy ocupadísimo... ya lo leeré y si es lo que yo necesito...

—Creo que sí, porque está escrito como los propios ángeles.

—Eso es lo de menos; el público no sabe literatura, ni yo tampoco, gracias a Dios.

—Está bien, ¿y qué es lo que usted necesita?

—Pues hombre, ya se lo dije el año pasado. Un drama o lo que sea, donde la primera actriz se luzca, porque ya sabe usted que la Rodríguez es mi legítima esposa y quiero que para ella sean los triunfos. ¿Me ha entendido bien?

—Perfectamente. Mi drama tiene el papel que us- necesita.

—¿Y qué papel es ese?

—El de una leñadora, que llega a ser, por su belleza, palanca que mueve una nación.

—¿Y viste bien?

—Espléndidamente.

—Pues ya no podemos hacer nada. Hoy cuesta la a un ojo de la cara ¡ea! Llévese usted esos pape- es y vuelva cuando tenga algo en condiciones.

—Tengo otro drama que se titula "La mendiga de ramuros". Este le vendrá como anillo al dedo.

El empresario ladeó el plato de la tortilla, porque no quedaba, y mirándome fijamente volvió a pre- ntar:

—¿La mendiga será mi señora?

—Sí señor.

—¿Y se presentará con el traje destrozado?

—Sí, señor; y descalza.

—¿Destrozada y descalza? Si se lo propongo a la dríguez me tira a la cabeza lo que tenga en la mano. quién se le ocurre sacar a la primera figura de una mpañía descalza y destrozada? ¡Hombre, vaya usted demonio!

—Pero no me ha dicho — le dije empezando a oscarme—que no le convenía que su señora vis- se?

—Sí, señor; pero una cosa es que no vista y otra salga desnuda y echa un asco. Además, yo no quie- mendigos en mi teatro.

Y se levantó de la mesa como indicándome que po- ya largarme con viento fresco.

Y yo, que aun tengo mi poquito de pundonor ar-

tístico, cargué con los manuscritos y salí de allí, jurando no volver más.

En el escenario me detuvo Godínez, un traspunte tuerto, muy buen chico y que siempre me ha demostrado afecto.

—¿Obra nueva?—me preguntó.

—Y tan nueva—le contesté—, pero a la empresa no le sirve.

—¿Y quién le manda presentar obras a Gutiérrez? ¿No sabe usted que es un animal?

—¡Lo sé! ¿Pero a quién he de acudir?

—¿Tiene el drama un buen papel para la primera actriz?

—De princesa.

—Pues hable usted con ella; precisamente está echando las muelas con el papelito que le han repartido en la obra que se está ensayando. Si a la Rodríguez le gusta, la cosa está hecha, porque el empresario no hace más que lo que ella quiere.

—¿Dónde está la Rodríguez?—preguntó decidido.

—En su cuarto haciendo encaje de bolillos mientras no la llamen al ensayo—me contesta el tuerto.

No espero y llego hasta una pertecita marcada con el número siete. Llamo, con los nudillos mezclados con algo de emoción.

Me contestan con frescura que puedo pasar adelante, empujo suavemente, y me cuelo en el siete.

¡Allí estaba la Rodríguez! ¡Qué siete!... digo, ¡qué mujer! Rubia, hermosa sobre toda ponderación y un poco metidita en carnes.

—¡Oh!—dice ella fijándose en mí.

—¡Ah!—digo yo fijándome en ella.

—Usted perdone caballero—vuelve a decir dibu-

jando una sonrisa entre corales y marfil—. Creí que era el tuerto.

—No soy tuerto, señora; pero le confieso que me he quedado vizco al contemplar tanta belleza.

La primera actriz agradeció mi galantería y me indicó un baúl mundo para que me sentara.

—Creo que le he visto otras veces—manifestó dejando sus labores.

—No lo extraño.... yo siempre ando de teatro en teatro.

—¡Ah, sí... ya recuerdo; ¿usted es comisionista de jabones?

—No señora, soy autor.

—¿De jabones?

—Dramático y vengo a ofrecer mis producciones a la mejor artista que pisa la escena.

Aquí la aludida se mira al espejo, se arregla con coquetería un tanto infantil, los pelitos de la frente y vuelve a sonreir satisfecha y hasta orgullosa.

—Si tuviéramos tiempo—suspira.

—¿Para qué, señora?

—Para que me leyera usted algo.

Confieso con gallardía, que estuve para desmayarme de gusto. La Rodríguez, la bella Rodríguez, la estrella y el alma de aquél teatro, se empezaba a interesar por mi obra. ¿Quién dijo miedo? ya no tenía más remedio que leer, y leí con entusiasmo la escena culminante del primer galán y la primera dama que dice así: (*Coje un manuscrito de entre los muchos que había sobre la mesa y lee declamando*):

"Escena cuarenta y ocho
Cañizares y Antonieta

Cañizares

(Rompiendo los cristales de una ventana gótica y saliendo a la escena):

Mientras mis tropas valientes
por nuestra causa pelean,
voy a salvar a mi amada.

Antonieta

¡Cañizares!

Cañizares

¡Antonieta!

(Se oye dentro el chocar violentísimo de las espadas y los petardos del pirotécnico que han de figurar descargas de mosquetes.)

Antonieta

¿Qué te propones ahora
al romper esa vidriera;
qué te propones entrando
como un ladrón sin conciencia
en el camarín de plata
de una castellana vieja?

(Aquí tres tiros más, muy cerca del camarín.)

¿Oyes el fragor horrible
de la lucha?

Cañizares

Por mi abuela
que no sé lo qué deciros
para explicar mi presencia.

Antonieta

Pues no lo digas y vete
antes que mi esposo venga.

Cañizares

No me iré, sino contigo,
encantadora Antonieta.

ge una banqueta tapizada de terciopelo rojo y obli-
a Antonieta a que se siente. Cañizares se asoma a
entana, deja después la espada encima de la có-
la y se sienta en el suelo, a los pies de la castellana,
como si le fuera a contar un cuento.)

Deja que cante mi angustia,
que cante mis penas deja
con la música de tiros
que nos hacen desde afuera.
Mis amores son la gloria,
mis amores son la esencia
de la dicha permanente,
y te quiero sin conciencia,
es decir, sin pensar nada,
y... vamos, sin darme cuenta
de que tienes un esposo
que puede pedirme cuentas.

(Más tiros)

Ven conmigo castellana
donde sola yo te vea.
¿Qué te importa tu Ramiro
teniéndome a mí a tu vera?

Antonieta

¡Cañizares, no me tientes.

Cañizares

Si no te tiento, Antonieta.

(Apartando las manos)

Sólo te canto mi angustia,
sólo te canto mis penas;
y ya que para escucharme
te encuentras al fin dispuesta,
oye bien lo que te digo
a los pies de tu banqueta.

(Coje entre las suyas una mano de Antonieta y después de besarla con pasión la deja con cuidado sobre la falda.)

Nada me importa la vida
sin tu amor. Todo me pesa
no teniéndote a mi lado
y lo demás son pamemas.
Tengo para ti un castillo
con puente, foso y almenas,
con vasallos y con pajes,
con jardines y con huertas.
Tengo tesoros inmensos
ganados todos en guerras;
y joyas de oro macizo
con brillantes y con perlas,
y tengo un corazón grande
blando como la manteca
y dulce, rico, sabroso,
lo mismo que la jalea.
Vente conmigo al castillo
y a tu esposo que lo enciendan
o que le peguen un tiro
en mitad de la cabeza.

Antonieta

Pero es mi esposo y le debo...

Cañizares

Tú no debes nada, ¡ea!
(Se levanta del suelo)
¿No te vienes? ¡A la una!
decídete ya Antonieta.
¡A las dos! ¡Vamos ingrata!
¡A las tres... bendita seas!..."
(*Deja de leer*)

Al llegar aquí como ella estaba interesantísima y yo más que ella, caí a sus plantas besándole las manos con apasionamiento. Después, un grito, un golpe seco aquí... aquí detrás..., rudo zumbir de oídos y sombras tenebrosas. (*Al público*): ¿Ustedes han oído hablar del puntapié histórico que le atizó Don Juan II a un ministro de la Corona? Pues aquel puntapié no fué más que una lisonjera caricia comparado con el que a mí me dió Gutiérrez, el marido de la Rodríguez. El muy sinvergüenza entró en el cuarto sin pedir permiso y como los celos se lo comen creyó que en aquel momento le estaba haciendo el amor a su esposa.

Y no bastaron las frases de la bella actriz para disuadirle.

—¡Vete de aquí!—me dijo dándome un empujón hacia la puerta—y como te vuelva a ver por el teatro te reviento.

Cualquiera entraba en explicaciones con aquel bestia. Así es que salí como un rayo del cuarto número siete, jurando no volver más. El tuerto me salió al encuentro.

—¿Qué tal?—me dijo.

—De primera, le contesté llevándome las manos aquí..., al sitio dolorido—, ha sido de primera.

—Pues ánimo y que se repita.

—¡No!—grité, saliendo escapado—que no se repita..., eso sí que no lo toleraría. (*Se pasea por la escena demostrando gran preocupación.*) Hoy me tengo que presentar a un empresario nuevo. Es un carnicero que pretende a una segunda actriz y se gasta los cuartos para que ella suba y llegue a la meta, si es que llega. De este modo el carnicero se hará querer aunque no sea más que por puro agradecimiento. Ahora sí que

estreno. Le ofreceré el mejor papel de la obra, y que sacrifique parte del éxito, no importa, la cue es estrenar. Y si no que se lo digan a Ramírez, ese bécil que cada temporada nos larga tres o cuatr perpentos, que resultan otras tantas gritas. (*R viendo los papeles de la mesa.*) ¿Qué drama le lle al carnicero? (*Cogiendo un manuscrito.*) Este, no más... sí, este cuyo título no puede ser más piado: (*Leyendo*):

"Tocan a degüello u ojos que asan carne."

Esta es mi obra maestra, hace algunas noch leí en casa de unas planchadoras muy aficionadas versos y tuve un éxito loco y franco al mismo ti

El segundo acto es originalísimo, porque la e representa un bosque de palmeras en Elche y los sonajes no se ven por estar cogiendo dátiles ent palmas que tampoco se ven por taparlas las ba nas.

El aire, que en Elche suele ser muy fuerte, los troncos de un lado para otro.

En uno de los penachos figura que está Col otro Vicentica, en otro el tío Blas y en otro Ca rio (no el de los chorizos).

De pronto se juntan las palmeras de Colás y tica, y el mozo figura que se agarra a las paln las manos de ella... y ella grita:

"¡Piedad de mí, Colás,
Colás (desde arriba)
¿La tiene tú de mí?

Vicentica
Mirando está el tío Blas.
Colás
¡Está mirando!
Blas (desde arriba)
¡Sí!

(En este momento se oye un beso muy sonoro y después del beso dos tiros, cayendo desde las bambalinas los cuerpos cadáveres ya de Colás y Vicentica.)

Peso aquí no termina la cosa. Los que han quedado en las palmas, lanzan frases impregnadas de remordimiento y se suicidan, cayendo sobre los cuerpos de sus víctimas.

¿Qué les parece a ustedes el finalito del acto segundo? ¡Oh, será un acontecimiento! ¡Ea, vamos a ver al carnicero de la segunda actriz, y si lo catequizo mi fortuna está hecha. (*Se dirige a la puerta del fondo y vuelve de nuevo a encararse con el público.*) Ustedes sin gran trabajo, podrían darme un gustazo antes de salir de aquí. Vamos a ver: ¿Qué les cuesta, ahora que están reunidos hacerme una ovación?... ¡Oh, yo se lo agradecería con toda el alma. Sería la primera y no la olvidaría jamás! Voy a decir la redondilla de despedida:

Público amado y señor
tus aplausos necesito,
apláudeme, por favor,
y quedaré tan contrito... digo,
tan contento.

(*Grandes aplausos en el público.*)

¡Gracias, oh, qué emoción
es la que seinto!

(*Más aplausos*)

¡No puedo hablar, estoy emocionadísimo... gracias, gracias!...

¡Ja, ja, ja, ja, ja!... ¡Vamos a ver al carnicero y ojo, que asan carne!

(*Se va bailando*)

TELÓN RAPIDO